

Tratar el sexo con maltrato

*Claudia Lijstinstens
Eduardo Abello
Nicolás Herrera*

Presentación clínica de un caso abordado en el Centro Educativo Terapéutico AVENIR

G. es traída a la Institución por su madre derivada por un equipo interdisciplinario del Consejo del Menor, luego de que un Juez de menores, alertado por distintas denuncias, interviniera sobre el grupo familiar por supuestos malos tratos por parte del progenitor hacia la mayor de sus hijas.

A partir de las visitas del equipo técnico al domicilio de la familia se constata la presencia de otra jovencita, G., de por entonces de 13 años, que se mostraba absolutamente renuente a todo contacto y que, ante cualquier intento de acercamiento, desataba un arrebato de insultos, amenazas e intimidaciones y una inmediata huida y retirada.

Precisado esto en los informes, el juez exhorta a los padres a que acudan a alguna de las instituciones que se ocupan de tales problemáticas en la ciudad de Córdoba, Argentina

1- Tratar al Otro real:

Su presencia en la institución desde el primer momento estuvo signada por un absoluto silencio, un cuerpo insensibilizado, con una inmovilidad casi catatónica y un gesto facial belicoso y desconfiado.

Durante prácticamente todo el primer año de su asistencia diaria a la institución se debió sostener (soportar) ese inamovible mutismo, ese profundo negativismo y, sobre todo, esa ausencia de acción, de respuesta motora ante la iniciativa de sus acompañantes. Frente a las innumerables propuestas que se le dirigieron, G. no hacía nada; solo en ocasiones contestaba (habitualmente de manera negativa) a aquello que se le dirigía. No quería moverse del lugar en donde se ubicaba, no quería comer ni tomar nada, no quería dibujar ni jugar, ni escuchar música, no quería soltar ni mostrar lo que traía en su bolso. Solo ubicarse en el mismo lugar de siempre, parada, mirando el piso, y esperar a que su madre viniera a buscarla. Es decir, se presentaba como un sujeto esquivo a la iniciativa del Otro. No miraba, no era capaz de

tocar otro cuerpo, parecía no escuchar. Se recluía en un lugar espacial determinado huyendo incluso a la mirada del Otro.

A veces, cuando se intentaba jugar con la paradoja o el contrasentido con un “no te gusta no hablar?”, o “no escuches esto que te decimos”, etc., solo se lograba ofuscarla, lo cual por supuesto nos hacía percatar hasta qué punto ella comprendía lo que le decíamos.

Así, comenzamos a percibir que, aunque siempre negativamente, rechazando, oponiéndose, contradiciendo, comenzaba ella a responder a las invitaciones a hablar, a los intentos por establecer lazo con ella.

Poco a poco se estableció lo que ella denominó el “charlatorio”. El neologismo daba nombre a aquello en lo que se convirtió AVENIR de ahí en más para ella: el lugar en donde ir a relatar, narrar sus sueños, sus historias inventadas, las narraciones sobre su futuro, todo en una interminable, borrosa, monótona y bizarra sucesión de ocurrencias, donde siempre había un maltratado, o ella ubicándose como maltratadora. Podía abocarse a ello la totalidad de las horas que pasaba en la institución.

También exigía, cuando se quedaba sin material narrativo, que sus acompañantes hablaran, que contaran algo, “¡cualquier cosa!” decía, aunque siempre dictaba los cánones del relato: el terror, o el horror, la violencia y la traición debían estar presentes a riesgo de provocar su desinterés inmediato.

Así, la tarea diaria con la joven se reducía a esto. Se la escuchaba atentamente, a pesar de lo hipnótico y monocorde de sus monólogos y, frecuentemente, se inventaba alguna historia abundante en referencias violentas, de espanto u horror, en donde ella, sus hermanos y sus personajes famosos de turno se infringían mutuas agresiones. Esto provocaba un indisimulable interés de G. por escuchar atentamente el relato, alentando más al locutor a continuarlo cuanto más truculento y siniestro este se conformaba.

G. hablaba, se reía, miraba a su acompañante, cada vez más suelta y desenvuelta a medida que este “simposio” se ponía en práctica

Esto fue generando una confianza, una confianza de la joven en sus acompañantes muy importante que, sin duda, permitieron y dieron pie a los cambios que ocurrirían más adelante en relación a la manera de vincularse a los otros y a los objetos.

AVENIR no era la escuela que le imponía un hacer o un ser, sus acompañantes no estaban en posición de psicólogos ni técnicos, ni oficiales de justicia ni docentes. No se le exigía ni ubicarse en determinado lugar ni realizar tal o cual tarea. No se esperaba que se comportara de alguna manera en especial ni se le demandaba hablar o contestar. Se la escuchaba desde esa especie de “distracción deseante” de la que habla Antonio Di

Ciaccia, y se la acompañaba en sus relatos, sin contradecirla en sus convicciones. Se tomaba nota de sus producciones al pie de la letra. Se transcribían sus historias, se dibujaban sus monstruos...

Las cartas o dibujos que G. traía de su casa eran leídas y releídas por todos los intervinientes y eran guardadas en un lugar determinado en la institución, lo cual fue lo que estratégicamente fue en contra de la erotomanía.

Se hacía, de esta manera, consistir la diversidad del otro.

Se produjeron así, más adelante, las primeras salidas de la institución. G. accedía a las propuestas o demandas de los intervinientes mas frecuentemente, no sin antes, recelosamente, cuestionar con un: "¿por qué me querés llevar allá?", o un "¿vos para qué querés que yo vaya?". Pudo entonces realizar un paseo en tren, una visita a un museo, salidas frecuentes a los shoppings, etc.

Una particularidad en su estado psíquico era la clara transformación que se llevaba a cabo casi todos los días en relación a su humor, a su estado de ánimo. Habitualmente G llega a la institución, acompañada por su madre y en un estado de profundo mutismo y evidente malestar. Solo paulatinamente, y con una aproximación cautelosa de los intervinientes, puede ir desprendiéndose de ese estado y comenzar a vincularse a los otros, mencionando siempre algo repetido al intentar dar cuenta de este malestar: la referencia a los otros en términos de "me charlan", sobre todo los otros miembros de su familia y la gente de la calle.

Este "me charlan" tan repetido era un término con evidentes características de injuria que la hacía objeto de un mortífero maltrato por la palabra y que la sumía en una profunda angustia.

El pasaje que se estableció entre el "me charlan" y la creación del "charlatorio" fue el trabajo al que se abocó durante ese tiempo la joven, posibilitándole una disminución notoria de aquellos episodios con el consiguiente apaciguamiento de los fenómenos de angustia

En la institución no tenemos una idea previa de cómo será su tratamiento, sin embargo, siguiendo a Lacan en su Conferencia de Ginebra, estábamos dispuestos a "escucharla", y teníamos algo para "decirle".

En su relación al Otro que la escuchaba, circulaba un goce sostenido en la "ironía" propia del psicótico, que dejaba al Otro en un punto de no-saber, que lo descompletaba. Así G. podía sostenerse en Avenir, contrastando su asistencia perfecta con los pasados episodios de abandono de las instituciones.

De su aislamiento inicial a la posición paranoica actual, G. da cuenta de una forma de tratamiento de lo real, un tratamiento del Otro que en la paranoia es "real" -como dice J.-A. Miller en su texto "Clínica irónica"- de la instalación de una

“defensa” que usa la “ironía” para ir contra ese Otro real. Defensa que sólo pudo asumir en tanto el Otro que G. encuentra en la institución está “a mano”, pluralizado y a su vez descompletado, maniobrando y operando por la sorpresa, logrando de esta manera una dimensión incalculable del Otro.

2- Tratar al Otro sexo:

Al inicio de su estadía en la institución, constatamos también como G. trataba al Otro sexo: lo hacía deconsistir, estableciendo un impasse en la no-relación sexual, y lo hacía de una manera muy particular: a través de la palabra, intentaba unir los dos polos de la sexuación humana, llegando a confundir (o fundir) la división de los sexos, no aceptando la no-relación sexual e intentando una sutura simbólica de la misma.

Aparecían en su discurso, cada vez más insistentemente, una serie de personajes en donde era posible apreciar una duplicidad evidente.

La ambigüedad entre los sexos, la confusión o fusión deliberada entre varones y mujeres, el permanente conflicto entre lo masculino y lo femenino eran referencias permanentes en sus relatos y jamás se prescindía de ellas.

El horror a lo femenino, a los detalles que sugieren la femineidad, tanto en otros como en si misma, la hacían avergonzar, repudiando inmediatamente dichas expresiones con un “¡qué asco!”, “yo nunca me voy a casar”, o “si me caso no voy a tener hijos, los voy a adoptar”.

Así, “la Vega” (la ladrona enamorada del policía en una serie de televisión) se metonimizaba en “Diego de La Vega”, quien también era “El Zorro” (localismo para los genitales femeninos). Los “Back Street Boys” que eran los “boquitas pintadas”, los jugadores de fútbol que se oponían a los de voleyball, eran personajes que estaban siempre presentes en los juegos, en los relatos, variando su consistencia, de varón a mujer, de buenos a malos, y generando en ella, asimismo, posiciones contradictorias y ambivalentes frente a ellos: amados y odiados alternativa o simultáneamente.

Cuando los contactos con el resto de sus compañeros se hicieron mas fáciles y desinhibidos comenzaron a aparecer algunos juegos teatralizados: ladrón y policía (“poliladron”), preparar trampas y “sustos” para otros educadores, ayudar a construir un “sótano del terror”, en ocasiones realizar algunos dibujos... Su cuerpo, también y paulatinamente, comenzaba a ponerse en movimiento.

Pero fue el ingreso de intervinientes mujeres y de una paciente de su misma edad de características muy extrovertidas en lo que a la femineidad se

refiere lo que provocó, varios meses después, cambios rotundos en la manera de vincularse de G.

La desaparición de las referencias a los personajes ambiguos en cuanto a la sexualidad que se pudo apreciar estuvo acompañada por otro lado de una transformación llamativa de su semblante, de su apariencia. La imagen de uniformidad, de ocultamiento de todo perfil de su cuerpo, el intento deliberado por rechazar todo rasgo de feminidad (en la ropa, en la manera de moverse, en el corte de cabello, en la ausencia absoluta de adornos o maquillaje), fue dando paso, vertiginosamente, a una exhibición barroca de los detalles: perforó sus orejas para colocarse aros, comenzó a usar pintura de uñas, dejó crecer su pelo y se lo adorna, su vestuario se hizo mas colorido y aparatoso.

En la medida en que puede acrecentar las identificaciones imaginarias a ellas, va cediendo su "fusión simbólica" sexual .

G ya se anima a mirar al Otro, a ir al baño en la institución, a tocar sus compañeros y educadores. En ocasiones los golpea, los empuja, los peina, los ata, tomando en cuenta su propio cuerpo de una manera completamente distinta. Aparecen las primeras quejas de dolores (menstruales, de "empacho"), de su figura un tanto excedida de peso, de la falta de ropa para fiesta, etc.

Si el sexo es éxtimo al niño, y la sexuación el proceso por el cual se decide respecto a la posición sexuada en relación al falo, en la psicosis, posicionarse como hombre o mujer, dependerá de las contingencias del anclaje posible que le permita al sujeto representarse con un nombre. En G. las contingencias del encuentro con el otro sexo tuvieron lugar a partir de ciertas mascaradas y mentiras que construyó alrededor de las huidas del Otro. Comenzó a escaparse de la casa y a poner en acto lo que ya había anunciado en sus extensas charlas: a los 18 años se iría de la casa a buscar un novio, o los "muchachos de la basura" la buscarían y se iría con ellos.

En una de estas ocasiones G. regresa de una de sus tantas huidas golpeada, maltratada. Es posible deducir que la sexuación, a nivel de lo real, encuentra la marca del maltrato; lo sexual queda anudado al maltrato, confirmándole ese nombre.

3- Tratar la Institución:

Nuestro trabajo, ubicado en la perspectiva del trabajo "entre varios", es un intento de tratar el lugar del Discurso del Amo institucional a través del Discurso analítico. Esto significa que el horizonte fundante de la institución no es el Otro completo (como podrían pretender las instituciones especializadas, o la confianza ciega en la interdisciplina), sino el Otro barrado; no el S1 del amo, sino el deseo del analista. Esto no significa que el discurso del amo desaparezca, sino que es tratado, atemperado, atravesado, por el discurso analítico.

La institución como respuesta a la imposibilidad de G. de estudiar, de hacer lazo social se ofrece, como decía A. Zenoni, como alternativa, pero debe presentar al psicótico un lugar disuelto del sujeto supuesto saber, donde los intervinientes se ofrezcan como partenaires-testigos del tratamiento que G. impone, atentos a lo real – y a lo particular, al detalle - de la clínica.

En la actualidad, G. sigue preguntando porqué el Otro quiere que ella vaya... ¡pero no falta a la cita!